

III

POR FIN, UNA PISTA

Los días que siguieron al de la devolución a León Trotsky de sus dos secretarios aprehendidos, fueron de verdadera inquietud, casi de angustia para mí. Nadie que no haya pasado por semejante trance puede saber lo que representa para un investigador policíaco el período que va entre la ejecución de un delito sensacional y el descubrimiento de una pista segura. A lo sensacional del atentado en sí venía a mezclarse, en este caso, la pasión política. Los elementos comunistas y comunizantes, según Trotsky movidos por los invisibles hilos de la G. P. U., atronaban el espacio tratando de destruir las fuertes y legítimas sospechas que sobre ellos pesaban y de desviar la pista que pudiera conducir al descubrimiento de su intervención. A su vez el mismo Trotsky, saliéndose decididamente de la discreción de los primeros días, llenaba la prensa de comunicados tratando de orientar a la opinión pública y de dirigir intelectualmente a la policía. Todo ello me parecía a mí harto comprensible y lógico. La tradicional polémica entre stalinistas y trotskistas se avivaba ahora en torno al atentado y a sus responsabilidades políticas y judiciales. No es ello menos cierto que tales campañas contribuían a desprestigiar y a poner en tela de juicio el celo y el acierto de la policía mexicana, cuya defensa me incumbía directa y personalmente. Los periodistas nacionales y extranjeros me acosaban a diario creyendo que yo les ocultaba la verdad sobre la marcha de la investigación. Ellos necesitaban servir al público lector, pendiente de tan sensacional suceso. Rodeaba a éste un gran interés político, tanto para México como para los demás países, y empezaban a acercarse a él determinados elementos diplomáticos. Indirectamente, este asunto parecía entrecruzarse con el de la marcha de la guerra. ¿Era posible que en el asalto hubieran intervenido agentes de la Gestapo? ¿O agentes mixtos de la Gestapo y de la G. P. U., teniendo en cuenta el pacto existente entonces entre Alemania y la U. R. S. S.? Y si esto era así, ¿no demostraría un entendimiento y una colaboración mucho más estrechos de lo que se creía entre Berlín y Moscú? En fin, todos esperaban de mí el esclarecimiento de los hechos, cosa que, por el momento al menos, me hallaba en la imposibilidad de cumplir. No exagero lo más mínimo si digo que apenas comí y dormí durante todos aquellos días.

Pero la casualidad, que constituye muchas veces la providencia de los investigadores policíacos, no debía tardar en servirme y favorecerme. Cierta día, por verdadero azar, entré en un bar situado entre las calles de Luis Moya y Arcos de Belén. Era hacia la una de la tarde. En torno a una mesa conversaban cinco obreros tranviarios. Uno de ellos hizo esta afirmación rotunda:

—Lo cierto es que la policía está echando tierra sobre el asalto a la casa de Trotsky. Sus razones tendrá para ello, pero así es.

Agucé el oído. Bebían cerveza mezclada con tequila, mezcla bastante fuerte, y parecían ya un poco beodos. El que se expresaba así era un hombre bastante viejo y grueso. Usaba bigote entrecano y vestía un terno azul marino, grasoso; llevaba al costado una bolsa de lona con bandolera, como las que usan los cobradores de los tranvías. Prosiguió:

—La chismosa prensa dice que los “soplones” (1) no paran en sus pesquisas. ¡Embusteros! La otra noche corrí parranda con unos camaradas en la misma taberna. Cerca de nuestro grupo se encontraba el Juez Calificador de Tacubaya bien “mamao” (2). Les contaba a sus amigos que él había prestado dos uniformes de gendarme empleados en el asalto. ¿Y todavía así quieren hacernos creer los policías que no agarran el hilo? ¡Qué se lo cuenten a Juan Diego! (3).

Creí al principio que el viejo tranviario me había reconocido y que lo que acababa de decir era con intención de que yo lo oyera. Pero fiel a mi propósito de seguir todas las pistas, por absurdas que éstas parecieran, pedí mi coche por teléfono y regresé a mi despacho. Llamé al Comandante Galindo y le referí lo que acaba de oír.

—Trasládese usted en el acto a la Delegación de Tacubaya e invite a los Jueces Calificadores a venir a verme —le dije.

—Tengo un amigo que trabaja en el Departamento Central y que ocupa actualmente el cargo de Juez Calificador en Tacubaya —me dijo tras de reflexionar breves instantes—. Es un hombre, en efecto, un tanto aficionado a la parranda. Corro en su busca.

Así lo hizo. Su amigo no estaba ya en la Delegación y logró dar con él en su domicilio. Unas horas más tarde se encontraba en mi presencia. Lo hice pasar a mi despachito privado, al lado mismo del despacho oficial, con el fin de que nadie nos interrumpiera. Mi intuición me decía que era la persona a que se había referido el viejo tranviario. Empecé diciéndole:

—Usted ostenta un cargo público y tiene la obligación ineludible de ayudar lealmente al Gobierno. Es inútil que le diga el motivo de mi llamada a este despacho; usted lo sabe sobradamente y conoce la gravedad del hecho delictuoso en que ha incurrido. Lo exhorto a que me diga toda la verdad.

Se quedó un tanto asustado al oír mis palabras. Su actitud me confirmaba claramente que se sentía, en efecto culpable. Con el fin de tranquilizarlo y de obtener de él el mejor resultado posible, añadí:

—Ya sé que tiene usted a su cargo una numerosa familia y que, ha obrado, seguramente, llevado de la amistad. Si me revela el nombre de la persona que requirió sus servicios le doy mi palabra —mi palabra de soldado y no de policía— de no seguirle perjuicio alguno. Con ello no cometerá ninguna traición, ya que sirve a la causa de la justicia y que el verdadero traidor es aquel que lo comprometió a usted.

No necesitó más para hablar.

—Me veo mezclado en este asunto muy a pesar mío, mi Coronel —empezó diciendo—. Verá usted lo sucedido ... El día 17 de mayo, como a las cuatro de la tarde, me encontraba de turno en la Onceava Delegación de Policía, en mi carácter de Juez Calificador, cuando se presentó un conocido, mío llamado Mateo Martínez ...

—Mateo Martínez? Dígame su nombre completo.

—Luis Mateo Martínez. Que se llama Luis lo he averiguado más tarde.

—Prosiga usted.

—Me rogó que le proporcionara tres uniformes de policía asegurándome que se trataba de penetrar no recuerdo si dijo en un centro o en casa de un general almanista. Sabían él y unos amigos suyos que allí había armas escondidas y querían, tras de comprobar el hecho, denunciarlo a la Procuraduría. En el primer momento la cosa me pareció por demás sencilla. No encontramos al Depositario de la Comandancia y Mateo Martínez hubo de volver dos veces. Por fin lo cité en mi domicilio para las diez de la mañana del día siguiente. Estuve reflexionando toda la noche en torno a la petición de Mateo. Llegué a la conclusión de que lo que se proponía hacer era ilegal y que constituiría una torpeza en mí proporcionarle los uniformes en cuestión. Opté por alejarme de casa, pretextando un asunto urgente, a la hora en que debía venir a verme Luis Mateo. Y no lo he vuelto a ver desde entonces.

—¿Quiere usted decir que no le prestó los uniformes?

—No, mi Coronel. Y ahora veo que fué lo más acertado. Sin duda se los procuraron en otra parte.

No traté de disimular la inmensa satisfacción que sentí ante las declaraciones de aquel hombre, al que me apresuré a manifestarle mi gratitud. ¡Por fin me encontraba ante una pista segura! El nombre de Luis Mateo Martínez podía ser la clave de todo.

—¿Conoce usted el domicilio de Mateo?

—Perfectamente.

Y me lo dió. Di orden de que lo arrestaran inmediatamente. De ello se encargó el sagaz agente José López Mejía, que fué uno de los que más se distinguieron en la investigación. Aquella misma tarde tenía a Mateo Martínez en mi presencia. Contaba unos veintiséis años de edad. Era maestro rural y militaba en el Partido Comunista Mexicano. Trataba de mantenerse sereno en mi presencia, pero apenas lo lograba. Veíale temeroso. No lo dudaba: es que tenía, en efecto, mucho que temer. A bocajarro, le pregunté:

—¿Para quién eran los uniformes que usted iba buscando? Será inútil que mienta o que me oculte nada.

Yo había creído qué, como comunista disciplinado, opondría una mayor resistencia. No fué así. Quizá creyó que sabía yo mucho más de lo que en realidad sabía. El caso es que me confesó en seguida que había buscado los uniformes por encargo de David Serrano Andonegui, ex Comandante comunista durante la guerra civil española.

—¿Con qué objeto? —le pregunté.

Turbándose un poco, respondió:

—Yo no sé exactamente ... Serrano Andonegui me dijo: "Hay un centro almazanista que tiene una buena cantidad de armas y queremos hacer un cateo. Procúrate esos uniformes". Y los busqué.

Comprendí que sabía mucho más de lo que decía y hasta sospeché que bien pudiera ser él uno de los asaltantes. Decidí dejar estos extremos para más tarde. Lo que más me interesaba por el momento era localizar al que parecía constituir por el momento el hilo del asunto: a David Serrano Andonegui. Estaba convencido de que éste sería un eslabón precioso en la pista que empezaba a recorrer.

Serrano Andonegui vivía en la calle Violeta, número 85. Me trasladé inmediatamente allí seguido por quince agentes. Eran como las nueve de la noche, una noche lluviosa y desagradable. Encontramos la puerta cerrada. A pesar de nuestra insistencia, los inquilinos se negaban rotundamente a franquearnos la entrada. Por las respuestas recibidas a través de la puerta cerrada, deduje que en aquella casa se encontraban varias personas de ambos sexos y de nacionalidad española. A la vera de la finca, de dos pisos, había un edificio en construcción. Hice que cuatro de mis más ágiles agentes treparan por los andamios de los albañiles. Y con la venia de sus moradores, otros agentes subieron por la casa contigua hasta el tejado. No tardaron estos agentes en abrirnos la puerta del número 85, a pesar de las airadas protestas de sus moradores. Me enteré al instante de que nos encontrábamos en una hospedería de refugiados hispanos, entre los que se contaban cinco o seis jovencitos sin la menor responsabilidad en el caso. Era atendida esta casa de huéspedes por una guapa y agresiva jamona, esposa de David Serrano. Trató ésta de valerse de toda clase de subterfugios para impedir nuestra búsqueda. Con una gracia muy española, le gritó a uno de los huéspedes presentes:

—¡Eh, tú! Saca el mantón que tenéis que llevarle mañana a Cárdenas; él sabe muy bien de quién procede el obsequio.

Aquella brava y salerosa española trataba de arredrnarnos haciéndonos creer que la unían relaciones de amistad con el señor Presidente de la República. De nada le valió su desparpajo. No tardamos en proceder a la captura de David Serrano Andonegui. Ocupamos en la casa, además, una abundante documentación.

Conduje al detenido a mi despacho. Era un hombre de treinta y dos años de edad, más bien delgado, de rostro ovalado y un tanto agudo, de cabello negro. Era un activo militante comunista. Había estado, en efecto, en la guerra civil española al servicio del stalinismo. Y le habían dado el grado de Comandante, lo que demostraba una gran confianza. Era ahora miembro del Comité Central del Partido Comunista Mexicano. Ya se comprenderá la importancia que para la investigación tenían todos estos datos. Ellos me conducían al comunismo stalinista, seguramente a la propia G. P. U. Sobre David Serrano Andonegui no tardé en hacer otra averiguación: era casado dos veces, una en México y otra en España. Este caso de bigamia ponía en mis manos, de ser necesaria, un arma importante contra él.

Mandé poner en orden la documentación hallada en casa de Serrano Andonegui. Procedí a un examen detenido de la misma. Di así con una carta que podía ser por demás interesante. El membrete del sobre pertenecía al Hotel Majestic y en él había escritos un nombre y una dirección: "Capitán Néstor, Avenida Guatemala, 54". El hallazgo me pareció de importancia. No tardamos en averiguar que en dicho domicilio había vivido, con otras personas, Néstor Sánchez Hernández, ex combatiente de la guerra de España con el grado de Capitán. No me cupo la menor duda, desde este momento, de que para el asalto a la casa de Trotski habían sido empleados, principalmente, audaces ex combatientes de la guerra civil española, detrás de los cuales se encontraba seguramente la G. P. U.

Néstor Sánchez había desaparecido de la Avenida Guatemala. Era absolutamente necesario dar con él. En la documentación recogida a Serrano Andonegui descubrimos otra dirección: Calle de la Corregidora, 101. Ordené a los agentes Pedro C. Balderas y Liborio R. Santos, dos de mis mejores colaboradores, que

se trasladaran a dicho domicilio. Se trataba de una casa de vecindad. Era portero de ella Carlos Sánchez, tío de Néstor. Lo hice traer a mi presencia y procedí a un interrogatorio en debida forma. Era un oaxaqueño de unos cincuenta años de edad. Parecía un tanto impresionado en mi presencia. Le dije:

—Un compañero de su sobrino Néstor, ex combatiente como él en España, lo busca para entregarle una correspondencia urgente. ¿Puede usted decirnos dónde vive?

No sabía o no quería darnos el domicilio. Sospeché que bien pudiera residir en su propia casa. Le pregunté:

—¿Entonces cómo es que guarda usted en su casa objetos de su pertenencia?

Ingenuo, a la vez que un tanto turbado, respondió:

—¿Objetos de su pertenencia? No, señor. Lo único que me dió a guardar fué un veliz no muy grande.

Yo exclamé, rápido:

—¡Pues a ese veliz me refiero! Dígame todo lo que sepa al respecto.

Me refirió entonces que el día 28 o 29 de mayo —es decir, unos días después del asalto—, como a las nueve y media de la mañana, se presentó Néstor en su casa llevando una maleta sobre cuya tapa aparecía una etiqueta azul con una X blanca. Le pidió permiso para dejarla en su casa. La depositó en su propia habitación, cerrándola con llave y procurando ocultarla detrás de un canasto. Le recomendó su sobrino que la guardara bien y se marchó. Dos o tres días más tarde se presentó de nuevo en su casa preguntando si había llegado correspondencia para él. Al contestarle que no, Néstor le volvió la espalda, abrió el misterioso depósito y sacó de él algo que se apresuró a ocultar debajo de la americana. Se marchó tras de cerrarlo de nuevo. Cuando volvió unos días más tarde, el tío le entregó una carta que se había recibido para él de parte de su padre. La leyó y después le dijo:

—Tenga mucho cuidado con este encarguito, tío. Si viene alguien a preguntar por mí, diga terminantemente que no vivo aquí ni vengo nunca a verlo. ¿Entendido?

Después de esta visita no había vuelto a ver a su sobrino.

—¿Y no sabe usted dónde vive?

—No, señor. Le aseguro que no.

—Pues ese veliz —le dije entonces— es precisamente el que andan buscando los amigos de su sobrino. Si no nos lo entrega usted, puede comprometerse y comprometer seriamente a Néstor.

Se mostró de acuerdo en entregarlo. Mandé a los agentes Balderas y Santos en su compañía a buscar la maleta cuyo contenido me intrigaba profundamente. No tardé en tenerla en mi despacho. Abierta, se me apareció claro el misterio. Había en ella un uniforme de paño para Oficial de la policía de a pie, con insignias de la Séptima Compañía; una gorra también de paño, dos fornituras, una pistola marca Star para uso de la Policía del Distrito Federal, con dos cargadores. No cabía duda: el uniforme era uno de los utilizados la noche del asalto. La pistola era una de las que les habían quitado a los agentes de la policía de servicio en la casa de León Trotski. Eran, dos pruebas por demás preciosas.

Pero ahora era menester apoderarse de la persona de Néstor Sánchez, clave del asunto. Esa misma noche, y con la consiguiente discreción, aposté a dos agentes frente al domicilio del tío de Néstor. Eran relevados éstos periódicamente. Estaba seguro de qué, más tarde o más temprano, iría Néstor a ver si tenía correspondencia o a buscar su comprometedor depósito. En efecto, dos días después caía en nuestro poder y era conducido al "Pocito".

Me trasladé allí inmediatamente. No quería diferir un solo instante el interrogatorio. Con gran sorpresa mía, Néstor se dirigió a mí diciéndome:

—Yo lo conozco a usted, mi Coronel. Lo conocí hace tiempo.

—¿Dónde?

—En mi ciudad natal, en Oaxaca. Serví a sus órdenes cuando tenía usted mando militar allí.

Era cierto. Así, pues, éramos viejos conocidos. Pensé sacar el mejor partido posible de esta circunstancia. Néstor tenía ahora veintitrés años de edad. Era un muchachote de cara inteligente, prieto, de frente despejada y ojos negros y rasgados. Era estudiante de Derecho.

Néstor Sánchez no me dijo de buenas a primeras todo lo que sabía. Sin embargo, sus declaraciones acabaron constituyendo, como se verá, una revelación casi completa del asunto.

Néstor negó que perteneciera al Partido Comunista ni que hubiera tenido jamás el menor nexo con esta organización política.

—¿Por qué intervino usted, pues, en el atentado contra Trotski?

—Por amistad con el pintor David Alfaro Siqueiros, mi Coronel.

—Con que David Alfaro Siqueiros ¿eh? ¿También intervino el famoso "Coronelazo"?

—Fué el organizador y el director material del asalto.

Néstor Y David se habían conocido en París durante la guerra civil española. Cierta día, a fines de abril del año en curso, Siqueiros lo invitó a participar en "un asunto de trascendental importancia", sin manifestarle en qué consistía dicho asunto.

—No presumió usted en seguida de qué se trataba? ¿Cómo es posible?

—Verá usted, mi Coronel ... Yo me dejé llevar por mi tradición revolucionaria y mi espíritu aventurero, amante del peligro y de las emociones. En cuanto David me dijo que se trataba de un asunto de trascendencia, acepté sin mayores averiguaciones. Mantuve después varias pláticas con el propio Siqueiros; es cierto que a través de ellas no tardé en darme cuenta de que estaba en juego la vida de León Trotski. Siempre me habían asegurado que era éste un peligroso contrarrevolucionario, enemigo de la revolución rusa y de la propia revolución mexicana. Siqueiros me afirmó, además, que había trazado todo un plan y que en el momento preciso intervendrían en su desarrollo suficientes elementos para asegurar el éxito. Juzgué que los preparativos que se hacían eran demasiado aparatosos y así se lo dije a David. En efecto, se confeccionaban bombas y se adquirían en cierta cantidad ametralladoras y pistolas.. Corría el dinero en abundancia. Siqueiros me aseguraba: "Necesitaremos todo este armamento para que la cosa salga como debe salir. No queremos fracasar".

Mientras me hablaba no podía por menos de pensar que Trotski tenía razón al decir que la G. P. U. preparaba bien las cosas, dividiendo el trabajo según las personas: unos habían realizado una viva campaña en la prensa comunista, tratando de hacer creer que era un contrarrevolucionario y un enemigo declarado de Rusia y de México, mientras que otros, conocidos por su espíritu de aventura, bien probado durante la guerra civil española, preparaban los detalles materiales del atentado. La investigación empezaba a confirmar la tesis dada a conocer por Trotski. Este había lanzado, en su declaración, el nombre de Alfaro Siqueiros y resultaba ser éste el organizador y el director material del atentado. Pero ¿quién había asumido la dirección intelectual?

—¿No conoció usted a elementos extranjeros como dirigentes del asalto? ¿o al menos como sus planeadores intelectuales?

—Yo no los conocí, pero presumo que los organizadores y dirigentes efectivos fueron extranjeros venidos exprofeso a México con ese fin. Lo prueba el hecho de que Siqueiros tuviera que consultar siempre con elementos extraños y misteriosos los preparativos de cierta importancia. En realidad lo utilizaron a él por ser mexicano para el reclutamiento de la gente y para la preparación material del atentado. Sólo fué el instrumento.

Me reveló también que habían utilizado, con Alfaro Siqueiros, a otro pintor gran amigo suyo: Antonio Pujol. Trató éste de obligar a Néstor a adquirir los uniformes. Pero se negó a ello, ya que Siqueiros le había asegurado que su papel iba a ser secundario.

Relató luego, con todo detalle, la ejecución del atentado:

—El 23 de mayo me citó Siqueiros en la esquina de las calles de Chile y Cuba. Eran las diez de la noche. Nos trasladamos a una casa de la calle de Cuba, cuyo número no recuerdo. Hacia las doce se presentaron en la casa unos desconocidos para mí; traían maletas y portafolios, de los que empezaron a sacar uniformes y armas. Eran éstas exactamente: una ametralladora, cuatro pistolas, dos bombas "thermos". Traían también cuerdas y guantes de goma. Por orden de Siqueiros, jefe de grupo, procedimos a probarnos los uniformes. El destinado a mí me sentaba muy bien. Pujol se puso el uniforme de Teniente del Ejército. Los otros se pusieron uniformes de policías. Nos reíamos y nos gastábamos bromas todos como si se hubiera tratado de una fiesta. Salió Siqueiros sin que nos hubiera comunicado todavía el plan. Ignoro si Pujol lo conocía; yo, no. Hacia las dos regresó Siqueiros vistiendo un uniforme de mayor del Ejército; no nos dijo dónde se lo había puesto ni nosotros se lo preguntamos. Llevaba un abrigo militar, anteojos y bigotes postizos. Lo recibimos en medio de grandes risas. Dando media vuelta nos preguntó: "¿Qué tal me veo?" Le respondimos a coro que muy bien. Salimos a la calle, uniformados y muy bien armados. Yo llevaba una pistola Star, calibre cuarenta y cinco, con dos cargadores para tiro de ráfaga. Pujol era portador de la ametralladora. Los otros individuos se habían distribuido las pistolas. A la puerta nos aguardaba un automóvil, color gris. Subimos en él y emprendimos la marcha hacia Coyoacán. Durante el trayecto Siqueiros nos dió las debidas instrucciones. Nuestro grupo debía apoderarse de la caseta de los policías, pero procurando no hacer fuego contra éstos. Se trataba, ante todo, de no provocar la alarma antes de penetrar en la casa de Trotski. Nos dió a cada uno un sobre conteniendo doscientos cincuenta pesos en billetes. A la altura de los Viveros de Coyoacán nos aguardaban dos sujetos. Reconocí a uno de ellos: era Juan Zúñiga Camacho. Siqueiros conversó durante breves momentos con él. Nos metimos después por una calle paralela a la de Viena. Bajamos del coche. Siqueiros consultó su reloj y ordenó que emprendiéramos la marcha hacia la caseta de los policías. Simultáneamente con nosotros avanzaron otros sujetos, disfrazados también de policías, sin duda pertenecientes a otros grupos. Fué nuestro grupo, encabezado por Alfaro Siqueiros, el que sorprendió a los policías encargados de guardar la casa de Trotski. No opusieron resistencia alguna, sin duda porque nos habían visto llegar uniformados. Alguien les lanzó un "¡Viva Almazán!"; creo que fué el propio Siqueiros. Llegaron otros dos vigilantes conducidos por elementos de otro grupo. Convenientemente desarmados, quedaron todos bajo mi custodia y la de uno de mis compañeros, al que llamaban "El Provinciano". Teníamos orden de no permitir que se movieran. Irrumpieron en esto otros elementos, la mayoría vestidos de paisano. Por el acento comprendí que algunos de ellos eran extranjeros. Se acercaron todos a la puerta de la casa de Trotski. Esta se abrió en seguida.

—¿Quién la abrió?

—Ahora lo sé: Sheldon. Durante el trayecto desde la calle de Chile a Coyoacán, Siqueiros nos afirmó que todo saldría bien, pues uno de los pistoleros de Trotski se había vendido. Supe luego que se trataba de Sheldon. Yo le había expuesto mis dudas a Siqueiros: "¿Y si ese tipo nos traiciona y nos reciben a tiros?", le había preguntado. Y Siqueiros me había respondido, sonriendo: "No hay ningún cuidado".

Reanudó así el interrumpido relato:

—Inmediatamente empezaron a funcionar las ametralladoras. Desde la caseta de los policías donde me encontraba, oí un nutrido tiroteo. Fué cuestión de brevísimos minutos. De pronto salieron dos coches de la casa de Trotski. De uno de ellos bajó un extranjero y con acento francés, nos ordenó que subiéramos en él mi compañero y yo. Así lo hicimos. En el coche se encontraba ya Sheldon, presa de gran nerviosismo. El otro coche se embarrancó a corta distancia de la casa de Trotski. Uno de sus ocupantes, de acento cubano, se pasó a nuestro coche. Emprendimos una carrera precipitada por calles desconocidas para mí, hasta salir a la Calzada de Coyoacán, enfilando entonces en dirección hacia el centro de la ciudad. El extranjero de acento francés apremiaba constantemente al chofer; creo recordar que era Sheldon quien conducía. Por cierto que le hablaba en español y el chofer le rogó que le hablara en inglés. Yo tenía la impresión de estar participando en una aventura cinematográfica. El extranjero de acento francés nos ordenó de repente que nos despojáramos de los uniformes; yo me negué rotundamente a ello por no quedarme en paños menores. Corría el auto a gran velocidad por la Avenida de los Insurgentes. A la

altura de una plaza cuyo nombre no conozco, el "francés" nos ordenó que bajáramos uno a uno. El siguió adelante con Sheldon y con los otros. Supongo que este auto fué el encontrado más tarde en la Colonia Roma. Yo tomé un coche de alquiler y me hice conducir a mi casa. Debían ser poco más de las cuatro y media.

—¿De dónde procedía la pistola que encontré en su veliz? —le pregunté.

—Era de uno de los policías encargados de guardar la casa de Trotski. Alguien me hizo tomarla de la caseta. La pistola Star que yo llevaba se quedó en el carro que conducía Sheldon.

—¿Cuántos eran, en total, los asaltantes?

—Unos veinte, mi Coronel. La acción fué conducida por Alfaro Siqueiros y por el extranjero a que me he venido refiriendo. Me parecía un judío francés.

Me interesaba mucho precisar lo más posible el papel jugado por Robert Sheldon Harte. Néstor precisó a este respecto:

—Tengo la firme convicción de que el elemento vendido a que se refirió Siqueiros era Sheldon. El asalto se perpetró precisamente el día y a la hora en que Sheldon estaba de guardia en la puerta de la casa de Trotski. Fué él quien abrió ésta con una facilidad incomprensible. Había sido sobornado, sin duda, por el judío francés. Es evidente que se conocían ya desde antes del asalto. Se fueron juntos en el coche sustraído de la casa de Trotski y que creo recordar manejaba el propio Sheldon, sin duda porque estaba habituado ya a su manejo. Lo manejó, al menos, desde que salió de la casa de Trotski hasta que bajé yo de él.

—¿Recuerda usted las señas personales de Sheldon?

—Yo no lo conocía antes; claro está; pero lo recuerdo perfectamente de aquella noche. Era un hombre joven, visiblemente de nacionalidad norteamericana, más bien alto; vestía esa noche un pantalón claro y una chamarra. En todo caso me pareció que existía cierta confianza entre él y el judío francés.

—¿Y no sabe usted cómo se llamaba éste?

—Oí una o dos veces que lo llamaban con el nombre de Felipe. Nada más sé a su respecto.

La declaración de Néstor Sánchez arrojaba luz extraordinaria sobre el asunto. Conocía ya dos de los principales organizadores y directores materiales del asalto: los pintores David Alfaro Siqueiros y Antonio Pujol. ¿Dónde se ocultaban? Seguramente no iba a ser empresa fácil echarles la mano encima.

¿Podría dudar aún, a pesar de las denegaciones de Trotski y de sus secretarios, de la complicidad directa de Robert Sheldon Harte? Y otra interrogante: ¿había logrado abandonar México o lo tenían oculto en algún punto del país? Su captura revestía una importancia decisiva. Puesto que, según Néstor Sánchez, Sheldon y el llamado Felipe parecían conocerse bien, si lograba detener a Sheldon no me sería difícil quizá saber quién era el judío francés, verdadero director intelectual del atentado y sin duda el agente directo y prominente de la terrible G. P. U. Hice girar telegramas ultraurgentes solicitando la localización de Sheldon y enviando su filiación a los puertos de Veracruz, Tampico, Puerto México, Progreso, Frontera, Manzanillo, Mazatlán y Guaymas, así como a las plazas fronterizas de Ciudad Juárez, Piedras Negras, Laredo, Matamoros y Nogales. Recomendaba a las policías de dichos lugares que impidieran a, toda costa la salida del país del citado Sheldon. Hice establecer al mismo tiempo un severo control de diversas líneas telefónicas, empezando por la del propio Trotski.

En el cuarto de Sheldon, en casa de Trotski, se había encontrado una llave correspondiente a la habitación 37 del Hotel Europa, una maleta de viaje con un timbre de Moscú y un cartón de cerveza. De la investigación practicada en dicho hotel resultó que Sheldon había pasado allí la noche del 21 de mayo en compañía de una prostituta, que no tardó en ser localizada e identificada. Nos declaró ésta que Sheldon estaba esa noche un tanto ebrio y que era portador de una regular cantidad de dinero. No le había hecho ninguna confidencia. Supimos, además por uno de los secretarios de Trotski, que Sheldon poseía una regular cantidad de cheques de diez y de veinte dólares, de la American Express Travelers,

que cambiaba con cierta frecuencia en una casa bancaria. ¿De dónde recibía este dinero? ¿Acaso de su familia? ¿O era el pago de su complicidad?

Resultaba de nuestras averiguaciones que Sheldon había llegado a México el 7 de abril último, en avión, debidamente recomendado por los amigos de Trotski en Nueva York y aceptado por éste en calidad de guardaespalda. Hacía, por consiguiente, siete semanas apenas que ocupaba esta función. León Trotski cambiaba de vez en cuando sus secretarios, militantes todos de la IV internacional, con el fin de que se formaran políticamente a su lado y garantizaran, al mismo tiempo, su seguridad personal. Quizá este procedimiento era políticamente hábil, pero no dejaba de tener sus peligros, pues podía permitirle a la G. P. U., ducha en los métodos de corrupción y contando con poderosísimos medios materiales y de coacción moral, introducir a algún agente suyo en la propia fortaleza de Trotski. ¿Quizá había sido éste el caso de Sheldon?

Por el señor George Shaw, Cónsul de los Estados Unidos en México, supimos que el señor Jesse Harte Sheldon, padre del desaparecido, había llegado a la capital mexicana a bordo de un avión de la Pan-American Airways. A petición suya, pues temía por su vida, había puesto un agente a su disposición encargado de acompañarle noche y día. Esto me permitió, al mismo tiempo, establecer una fácil vigilancia sobre sus actos. Tuvo varias conferencias telefónicas, una de ellas con Mr. Hoover, Jefe de la Oficina Federal de Investigaciones de los Estados Unidos, al que le unía, según parece, una buena amistad. También a solicitud suya mantuvo una larga conferencia con León Trotski. A su salida declaró que no había sacado de ella ningún nuevo dato respecto de la suerte de su hijo. Trotski declaró, por su parte, que ambos habían coincidido en que el atentado había sido planeado y dirigido por agentes extranjeros de la G. P. U. Eso ya lo había establecido la policía bastante claramente. Según creencia de Mr. Hoover, el director intelectual del asalto había sido un tal Mink, llegado de Filadelfia a México varios días antes de producirse el mismo. Según parece, este Mink era uno de los principales agentes de la G. P. U., por la que había llenado importantes misiones en España, en el Japón, en los Estados Unidos y en varios otros países.

La declaración de Mr. Jesse H. Sheldon no carecía de interés respecto al eventual papel jugado por su hijo. Alfonso Díaz Barriga, Subjefe de la Policía Federal Judicial, le había formulado varias preguntas especiales a través de un intérprete de la Embajada Americana. Sheldon no le había dicho nunca a su familia que estaba al servicio de León Trotski, sino que trabajaba con un señor apellidado Williams, del que se separó porque había tratado de sacarle dinero, viéndose entonces en la necesidad de trasladarse a una casa de huéspedes, donde pagaba su alojamiento dándole clases de inglés a la hija de la propietaria y desempeñando otros servicios personales. Nunca le había dado, ninguna dirección propia, sino que le había indicado que le escribiera a la Agencia de Encargos de la Compañía Wells Fargo. Y esta importante declaración, que entresaco literalmente del informe firmado por el Subjefe de la Policía Federal Judicial que le interrogó: "... ni mucho menos le dijo su hijo que estuviera al servicio de Trotski, por el que supone no tenía simpatías, ya que se imagina que era simpatizador de Stalin, dato que se comprueba por el hallazgo hecho de un retrato de este personaje en el cuarto del secuestrado en Nueva York, retrato que fué encontrado por los hermanos de éste". Luego el padre de Sheldon, con sus declaraciones, contribuía grandemente a justificar nuestras sospechas sobre el verdadero papel jugado por su hijo.

Después de su declaración, Néstor Sánchez había prometido llamarme en caso de que recordara algún nuevo detalle sobre los hechos. Y en efecto, cierto día recibí, un aviso suyo diciendo que quería hablar nuevamente conmigo. Acudí apresuradamente al "Pocito".

—Le he llamado a usted, mi Coronel —empezó diciendo—, porque he recordado cosas que pueden serle de extraordinaria importancia para el esclarecimiento del asunto. Unos veinte días antes del asalto acompañé a Juan Zúñiga Camacho, conocido entre nosotros con el nombre de "Pedro", a la calle de Viena, con el fin de informarnos si se le ofrecía algo a un muchacho de oficio minero, alto y de complexión robusta, el cual no conocía la ciudad ni sabía tan sólo escribir. Siqueiros me había dicho que en dicha casa conocería a otras personas por el estilo y que él había hecho venir de fuera en previsión del asalto. El minero me dijo que era vecino de Hostotipaquillo, punto del Estado de Jalisco, cerca de los límites del de Nayarit. En su conversación se refirió a un mineral llamado Cinco Minas. Fui a su casa unas cuatro o cinco veces. Una de ellas me encontré con un tal Mariano Herrera en un restaurant cercano. Me presentó a él Mateo, amigo mío y detenido ya por usted. Resultó que una hermana de Herrera había sido amiga mía. Está casada con un italiano ex combatiente de la guerra civil española y viven, según creo, en República de Chile, 38. Deduje de todo ello que Herrera trabajaba también al servicio de Siqueiros. Vivía,

por encargo de éste, en la calle Londres, 108. Fui a esta casa tres veces. En una de ellas me encontré allí al judío francés, el llamado Felipe, el cual me dijo: "Voy a darte un número de teléfono por si necesitas comunicarte alguna vez directamente conmigo. Pero te prohíbo terminantemente que lo apuntes en ninguna parte; debes retenerlo en la memoria". Así lo hice.

—¿Recuerda todavía ese teléfono?

—Perfectamente.

—Pues démelo en seguida.

Me lo dió. ¿Me conduciría él al lugar donde se ocultaba el agente de la G. P. U. que había dirigido el atentado contra Trotski? Me trasladé sin perder minuto a la Central de Teléfonos. El personal abandonaba en aquellos momentos las oficinas. Retuve a una de las señoritas con el ruego de que buscara en el fichero de direcciones la perteneciente al número facilitado por Néstor. Así lo hizo. Y me quedé mudo de sorpresa. Descubrí de repente que había tenido al famoso "judío francés" a dos pasos de mí, al alcance de la mano, y no lo había detenido. Ganas me dieron de golpearme a mí mismo.

La noche del día en qué, por orden del Presidente Cárdenas, devolví sus dos secretarios a León Trotski, hablé con una rusa que vivía no lejos de su residencia. Me aseguró dicha señora que en una casa de las Acacias, donde ella misma vivía, venía observando por las noches, desde hacía alrededor de un mes, movimiento inusitado. Decidí investigar lo que pudiera haber en torno a dicha casa. Empecé por interrogar a Trotski respecto a su compatriota.

—¡Ah, sí! —me dijo—. La conozco. Pero se trata de una mujer histérica y hasta un poco loca.

No obstante esta opinión, y dispuesto como estaba a seguir todas las pistas, hice establecer una vigilancia de la casa al mando del Comandante Galindo, con una docena de agentes convenientemente disimulados al amparo de los arbustos y la sombra de espesos árboles que rodeaban la manzana residencial de las Acacias. Tomadas estas medidas, recuerdo que me trasladé con mi ayudante señor Quezada y un grupo de agentes hacia la fría y rara mansión ocupada por el pintor Diego Rivera, situada en San Angel. Tenía motivos en aquel entonces para sospechar que el célebre muralista pudiera estar mezclado en el asalto del 24 de mayo. La amplia galería de trabajo de Rivera engalanaba sus muros con diversos cuadros de su creación. Sobre un caballete aparecía inconclusa una pintura de su esposa Frida Kahlo en traje de china poblana, usado comúnmente por ella. No había pisado nunca la residencia del famoso pintor y me sorprendió sobremanera ver las extrañas figuras que la adornaban: panzudos monigotes de talla gigantesca, estructurados en carrizo y con vestiduras de papel de china, de los más vivos y variados colores, con máscaras de cartón y rictus grotescos; grandes figuras iguales a los llamados "Judas", que en México se queman, en medio de gran griterío y del estallido de petardos, el Sábado de Gloria de cada año. Lo más sorprendente era ver diseminados estos "Judas" en los ángulos de las habitaciones, sobre las camas, debajo de éstas, pendientes del techo... Parecía una casa de pesadilla. La diligencia de registro practicada en ella no dió el menor resultado, pues no se encontró el menor indicio que acusara al famoso pintor. Infructuosa fué también la visita que, en busca del mismo, hice a la casa de Frida Kahlo en Coyoacán, casa adornada por cierto de tan extravagante manera como la de su esposo.

Regresé a las Acacias. No había sucedido nada de interés. Los vigilantes seguían en su sitio. Supe que, frente a la casa sospechosa, vivía un cojo de nacionalidad española, deportista en alguna otra época, el cual pasaba el tiempo observando cuanto ocurría en torno suyo. Utilizaba para ello una antejo marino. Acompañado por Galindo me acerqué a la residencia del cojo, y en el mismo momento en que oprimía el timbre de la reja, advertimos que se paraba ante la casa de enfrente un lujoso automóvil de color oscuro y de él descendía un hombre de regular estatura. Levantó los cristales del coche y lo cerró con llave; después, con la mayor calma, se dirigió hacia la verja, abrió la puerta, atravesó el estrecho jardincillo y penetró en la casa. Hice que Galindo tomara el número de la placa con ayuda de su linterna sorda: era un automóvil de registro americano. Aposté a dos de mis hombres y ordené al Comandante Galindo que permaneciera con ellos.

Volví a oprimir el botón eléctrico de la casa del cojo. Era hacia la media noche. Bien abrigada, salió a abrir una viejecita. Expuesto mi deseo, me dijo:

—Mi hijo está arriba, acostado. Pero suba usted, señor.

Así lo hice, seguido de mi leal Jefe de Ayudantes y de algún otro agente. Me encontré en una pieza diminuta. Salió a poco un hombre ventrudo, de pelo gris, de unos cuarenta y cinco años de edad. Estaba en camiseta y calzoncillos y dejaba ver el muñón de la pierna cortada.

—Me interesa saber cuanto sepa sobre la gente que vive ahí enfrente —le requerí.

—Los he observado bien —me dijo con acento de sinceridad—. Es gente que hace vida nocturna. Entiendo que hay algunos mexicanos y otros extranjeros. Entre estos últimos los hay que deben ser cubanos. Pero no creo que tengan nada que ver con el atentado contra Trotski. Debe ser gente parrandera, a la que le gusta divertirse por la noche y dormir durante el día. A veces me dan la impresión de turistas y otras de gentes maleantes. A lo mejor es gente buena.

Obtuve la dirección del dueño de la casa. Lo visité. Se trataba de un amigo personal del General Núñez, el cual le había extendido una credencial de Comandante Honorario. Me dijo que le habían alquilado la casa hacía poco más de un mes, presentando fiador, y que le pagaban con puntualidad. Tampoco creyó que los inquilinos tuvieran ligas con el atentado. Le dijeron que tenían un negocio.

Cuando interrogué a Galindo sobre el hombre del automóvil, me informó:

—Se marchó inmediatamente después, en su propio carro. Ya usted mismo vió que no inspiraba sospechas.

Y no se hizo ningún otro comentario sobre el particular. Resultaba ahora que el número del teléfono facilitado por Néstor Sánchez (4) correspondía exactamente a la casa de las Acacias. El famoso "judío francés", protegido bajo el sencillo nombre de Felipe —parece, en efecto, que los agentes importantes de la G. P. U. usan los nombres más sencillos (Pedro, Leopoldo, Felipe) y que sus propios colaboradores no suelen conocer su verdadera identidad—, era sin duda alguna el hombre del automóvil norteamericano.

Me trasladé a toda prisa a dicha casa. Estaba abandonada y hube de forzar la puerta. Encontré allí, entre otras cosas, ropa interior adquirida en París en el Boulevard Saint Michel. Sin duda había llegado de Moscú, vía París, con la orden estricta de preparar el asesinato de Trotski. ¿Era judío francés? Según parece, entre los agentes importantes de la G. P. U. abundan los judíos —rusos, polacos, lituanos, búlgaros, húngaros— y pocos deben ser, sobre todo entre los encargados de llenar misiones en el extranjero, los que no hablan francés. ¿Era George Mink, como sospechaba el Jefe de la Policía Federal de los Estados Unidos? ¿O Haikis, ex embajador de la U. R. S. S. en México y más tarde en España durante la segunda fase de la guerra civil? Son muchos los que se inclinan por este último nombre. Ciertamente no sabemos nada. Sólo que fué él el verdadero organizador del atentado del 24 mayo y tres meses más tarde, sin duda alguna, el del asesinato de León Trotski. Debió abandonar su casa de las Acacias, a corta distancia de la casa de Trotski, y probablemente el país al vernos rondar en torno a la primera. Debía encontrarse ya en los Estados Unidos, formando parte del Estado Mayor de la G. P. U. para todo el Continente Americano. No me perdonaré nunca no haberlo detenido. Debo decir, en descargo mío, que el reciente disgusto manifestado por el Presidente Cárdenas por la detención de dos de los secretarios de Trotski, me había desmoralizado un poco. Y el propio Trotski, tan agudo por lo general, no le había concedido la menor importancia a la denuncia de su compatriota.

(1). Nombre despectivo dado por el pueblo a los policías.

(2). Bien bebido.

(3). Nombre del indio al que se dice que se le apareció la Virgen de Guadalupe o Virgen Morena, considerada como Madre de América. (J. G.)

(4). Este "Capitán" Néstor Sánchez, que después de intervenir en el asalto a la casa de Trotski entregó en realidad a sus compañeros de fechoría y hasta estuvo a punto de entregar a su jefe guepeuista, fué condecorado por la rusificada Embajada de Polonia en México, a fines de septiembre de 1946, por su "heroico comportamiento durante la guerra española", en realidad por su colaboración con la G. P. U. ¿Ignoraba ésta, cuando le impuso la condecoración, las delaciones del "heroico Capitán"? (J. G.)